

INSISTO, escojo cómo morir

Lunes 29 de abril. Muere esta peonía.
Foto: Jesús Pozo

*No; déjenme morir de mi propia muerte.
No quiero la muerte de los médicos.*
Rainer María Rilke



Texto: **Mercedes Fernández-Martorell**

aunque sin demasiada definición, como a pliegues, de manera silenciada, sé del saber-poder médico y de la muerte por mi hermana, cuando yo tenía seis años y ella año y dos meses. Mi hermana se llevó la barriga abrasada por una bolsa de agua tan caliente, la que impuso el médico, que al contacto con su delicada piel la niña berreó brava, desesperada, indefensa. Cuando al fin él se fue, se le retiró la bolsa de goma color crema exhibiendo la inmensa ampolla que cubría su vientre y barriga. Ya no lloraba. Sin curarse de la repentina enfermedad

que padecía por una epidemia, murió tras doce horas de enfermedad.

A continuación la familia ejerció las actividades previstas para una muerte de mediados del siglo XX. En la portería de la casa se dejó abierta media hoja de la puerta todo el día. Se organizaron turnos para la vela nocturna casera con familiares y amigos y se plantó comida en bandejas para que se alimentaran durante la vigilia. Se acudió con el cuerpecito metido en caja blanca a la iglesia y al cementerio católico donde se realizaron las ceremonias previstas. Ese mismo día padre insertó un brazalete negro en su traje y madre instaló el mismo color en su vestimenta diaria.

Durante el Antiguo Régimen (forma de estado anterior a 1789) el poder soberano disponía de la potestad de hacer morir, o dejar vivir, a sus súbditos. En verdad el poder del soberano en aquellos siglos se situó del lado de la muerte puesto que tenía la posibilidad y el poder de hacer matar aunque no el mismo para hacer la vida. Así que su potestad afectaba al derecho de hacer morir o dejar vivir.

Entonces se moría con ritos y en público ya que el derecho soberano de muerte era absoluto, manifiesto, claro, contundente. La ritualización popular de la muerte formaba parte de ese poder soberano ya que alcanzaba así, públicamente, su verdadera afirmación y alcance.

Con el rito lo que se propone es cumplir la tarea de producir un efecto. Ejerciendo cier-

adiós

Número 101
Julio - Agosto 2013
EDITA: Funespaña, S.A

DIRECTOR:
Jesús Pozo jepozo@telefonica.net

REDACTORA JEFE:
Nieves Concostrina
COORDINADOR DE PUBLICIDAD:
Manuel Sanz Mulas

DISEÑO : Román Sánchez
FOTOGRAFÍA: J. Casares
COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
María Jesús Álava, Carlos Santos, Pilar Estopiñan, José Miguel Viñas, Javier del

Hoyo, Ana Valtierra, Javier Gil Martín,
Alicia Misrahi, Yolanda Cruz,
y Ginés García Agüera.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN
Y PUBLICIDAD:
C/ Doctor Esquerdo 138. 5ª Planta
28007 Madrid. TELF.: 917003020
INTERNET: www.revistaadios.es

E Mail: prensa@funespana.es
IMPRIME: JOMAGRAF
PRODUCCIÓN: José Luis Martín
DEPÓSITO LEGAL: M-32863-1996

La opinión de los artículos publicados no es compartida necesariamente por la revista y/o los editores, y la responsabilidad de la misma recae exclusivamente sobre sus autores

©Candela Comunicación

©Funespaña, S.A.
Madrid, 2013

Todos los derechos reservados
Adiós es una publicación de Candela
Comunicación s.l.

Publicidad en Adiós:
Siluro Concept: Telf: 91 366 47 79

tas prácticas o actividades se logra capturar el pensamiento de sus protagonistas llevándoles a creer, más que a analizar, el sentido de sus actividades rituales. En aquel tiempo se trataba de ritualizar la muerte con el destino de obtener y reproducir la sumisión al soberano y al orden divino.

Por esta razón en el Antiguo Régimen el suicidio era percibido como un crimen. Aquel que se suicidaba se auto otorgaba un derecho que no le pertenecía. El derecho de muerte sólo lo podían ejercer el soberano terrenal y el divino.

Hacia finales del siglo XVIII (la fecha que nos interesa, de nuevo, es la de la revolución francesa 1789) y principios del siglo XIX se produjo mudanza en el ejercicio del poder. Como un incesante proceso, el poder comenzó a ejercerse no tanto para hacer morir o dejar vivir, como para hacer vivir y dejar morir. Desde entonces hasta hoy se trata de un poder que tiene como objetivo primero gestionar la vida, tanto la de cada individuo como la del conjunto de la población.

El derecho de inmiscuirse para hacer vivir a los individuos inspeccionando sobre la vida de cada uno hasta en los más insignificantes deta-

todo en Europa. De ahí que la muerte se silencie, pase al ámbito de lo íntimo, de lo familiar, de lo privado, de lo casi invisible e inexistente.

En este contexto la muerte da lugar a prácticas de celebración que aún teniendo carga simbólica, la celebración no cumple la tarea de capturar el pensamiento de la mayoría para encarcelarlos en una creencia, como sucedía con el rito en el Antiguo Régimen.

El suicidio en este contexto se convierte en objeto de análisis de la sociología y posteriormente de la psicología ya que en sociedades donde el poder tiene como objetivo principal el control de la vida, le resulta difícil aceptar el derecho individual y privado de morir. Ahora hablar sobre la muerte es tabú, es algo que no es lícito mencionar.

Sucede actualmente que las intervenciones que se realizan sobre la vida del moribundo forman parte de las actuaciones del poder sobre el alargar la vida. Son actuaciones que no se realizan sobre la muerte en sí, sino sobre lo que aún resta de vida al agónico. Actualmente el poder sobre la vida se expande desde el principio al fin del vivir. Desde el momento mismo de la gestación que, como es evidente, en la

Es en la muerte donde se puede ensayar otras formas de dejar la vida. Pero en nuestra sociedad está vedado hablar sobre la muerte, sobre cómo se la imagina o cómo quisiera que se produjera

de agua caliente hirviendo. Porque el poder no está ni estaba del lado de la muerte sino del lado de la vida. No hay nada de qué hablar sobre la muerte, todo está previsto, organizado, reglamentado. Existe un modelo de muerte.

Sin embargo, junto a Michel Foucault y Gilles Deleuze muchos tantean sobre el poder elegir el morir. El poder planificar, preveer, mimar, acariciar el acontecimiento. Se nos propone un final aséptico, tecnificado, y dirigido por protocolos sanitarios a los que no existe otra opción que someterse a ellos. Cabe interrogarse si es posible experimentar de otra manera los últimos segundos de la vida, más allá de la uniformización de la sociedad.

Es en la muerte donde se puede ensayar otras formas de dejar la vida. Pero en nuestra sociedad está vedado hablar sobre la muerte, sobre cómo se la imagina o cómo quisiera que se produjera. Resulta escandaloso que un individuo pretenda organizar su muerte y hablar de los preparativos de la misma. Sí podemos hablar sobre el cadáver. Las agencias funerarias ofrecen muestras de vestimenta, de maquillajes, de ataúdes, detalles sobre la ceremonia, todo estereotipado y superficial, sin imaginación.



Espacio + Arte = Transformación

Visítanos en nuestra sala del Barrio de la Letras de Madrid www.silurolasletras.com

lles ha ido propiciando el abandono del derecho de matar desde el poder. A partir del siglo XIX el objetivo principal del poder ha sido el hacerse cargo de la vida y así lo biológico de la vida se ha convertido en objeto del saber y en planificación del poder. Desde entonces la natalidad, la mortalidad, los índices de morbilidad, la longevidad, la salud pública, todas las actividades implicadas en la vida son materia de control y actividades del poder.

El objetivo es conocer, dirigir, negociar, encargarse y reglamentar la vida de los individuos. En aras de mejorar las condiciones de vida de cada uno y del conjunto de la población se han impuesto controles sobre los riesgos, se han multiplicado leyes, reglas, vigilancias sobre cualquier descarrío, deficiencia, accidentes o cualquier práctica que quizá afecte, o se establezca que daña, el transcurso del vivir.

Lo cierto, sin embargo, es que la vida escapa sin cesar a las técnicas que pretenden dominarla, porque donde hay poder hay posibilidades de resistencia.

En ese control sobre la vida, la muerte se convierte en tabú dice Michel Foucault. Cuando la vida deviene en objetivo principal del poder, la muerte pasa a ser un ámbito incomodo en tanto fin de la vida. La muerte queda fuera del poder, es el límite de éste y su control se deshace, no puede actuar sobre ella y queda así al descubierto una de las debilidades del poder o líneas de fuga, como diría el filósofo Gilles Deleuze. Esto es lo que sucede ahora en occidente, sobre

actualidad está generosamente vigilada, hasta el último suspiro de vida. Y con tal control sobre la vida, al dirigirla hasta en lo más imprevisible, se propicia que la muerte pase a ser tabú ya que al no poder dominarla se la abandona, se la silencia, se la reduce a la vida privada.

A mediados del siglo XX la niña de trece meses, mi hermana, estaba condenada a muerte aún antes de que llegara el médico a visitarla, sin embargo, él pudo imponer su poder sobre el resto de vida que le quedaba aplicándole una terapia, o mejor, una ocurrencia, la de una bolsa

¿Por qué no existen consultores a los que acudir para discutir y planear sobre la propia muerte? Las decisiones sobre el momento de muerte podrían ser el resultado de largas meditaciones, de atención notable y competente. Sin embargo, el cuidado por el acontecimiento nos es negado. Sería bueno convertirse en hacedor del acontecimiento de la muerte. Cabe hacer de ella algo que esté bien, abrazarla. No es resistible que hoy, aquí, se nos prive del sentido y el valor del acontecimiento que clausura **nuestra vida**.

Mercedes Fernández-Martorell (Barcelona, 25 de noviembre de 1948) se incorpora como colaboradora desde este número a la revista *Adiós-Cultural*. Desde este número aportará la visión de la antropología, campo en el que lleva décadas trabajando e investigando. Ha escrito libros y artículos en los que formula un proyecto antropológico sobre cómo los humanos auto-producimos nuestro significado y los procesos y conflictos que se generan en las prácticas socioculturales ideadas. Es profesora titular del Departamento

de Antropología Social y Cultural de la Universidad de Barcelona. A partir de las obras *Muerte en dos tiempos* (1980) y *Estudio Antropológico: Una comunidad judía* (1983) establece y analiza cómo internamente los pueblos construyen y recrean su particular historicidad, inclusive en entornos multiculturales. Determinó poder y cultura como conceptos inseparables. Escribe *Antropología de la convivencia* (1997)³ y *La semejanza del mundo* (2008)⁴ desde una aproximación crítica a la antropología estructuralista,

comparativista y del parentesco. Manifiesta que no hay antropología sin historia, sin filosofía, sin ciencia. La antropología piensa y trabaja sobre lo que establecen como realidad los pueblos e individuos para lograr sobrevivir y pervivir como especie. El papel de la antropología consiste en el estudio de qué carceles (como las entiende Gilles Deleuze) ideamos los humanos para vivir en sociedad y cómo éstas son, además, motor de devenir, asegura **Fernández-Martorell**.
+ Información www.antropologiaurbana.com